

Perladas cicatrices: signos memoriosos en Pedro Lemebel

Dra. Gilda Luongo

“Olvido, pero no perdono, al revés de mi mamá que me decía que perdonaba, pero no olvidaba”.

Pedro Lemebel, (en conversación telefónica, 15 del 10 del 2010)

“Yo recuerdo lo que él [ella] olvida, él [ella] recuerda lo que yo olvido”.

William Butler Yeats

Pedro me llama, me invita, me abre la puerta de su casa. Yo entro en ella como “Pedro por su casa” y me contento en su terreno fértil. La risa fácil y el verbo aguja nos cubre siempre que estamos juntos. Así, de esta forma, cercana, próxima a lo amoroso, tomo esta otra invitación para leer y decir, públicamente, sobre su libro *De perlas y cicatrices* hoy en esta Feria-no feria.

Hasta hace muy poco tiempo, me había resistido a manchar nuestro vínculo cómplice-amoroso, con mis palabras escritas sobre sus palabras creadoras. La crítica literaria suele ser un terreno de arenas pantanosas, pesado como roca a veces, y en el que suele colarse un *rigor mortis* detestable, que se fija majaderamente en el doblez del lenguaje literario. Tal vez por ello mi escritura se hacía a un lado de la pluma de Pedro, la dejaba pasar. Porque lo quiero tanto, prefería no rasgar nuestra graciosa relación con más palabras de corte académico. Sin embargo, llegó el momento de parir esa zona y nació de ambos. Así es con Pedro: logramos parir juntos. Esta es la segunda vez que mi escritura ronda la producción de sus crónicas. Lo había leído siempre con tanto placer sin llegar a escribir, ahora que mi lectura deviene escritura es otro disfrute, otra tentación, otro nexo poroso de conexión con la bella y poderosa voz-escritura de Pedro que nos arroja un puñado de densidad ético-política.

Es necesario decir que *De perlas y cicatrices* inaugura la escena escritural chilena con un estilo verbal inédito hasta el año de su publicación; su atrevimiento pone en la escena intelectual- de modo bello y profundo, con un estilo único en las letras chilenas-, referentes silenciados, obturados de la común cultura y modos histórico-sociales-políticos en Chile. Esta es una “literatura menor”, diría, siguiendo a Deleuzze y Guattari en tanto deconstruye el territorio fijo de una lengua, su canon; por el contrario, la anima, la vivifica, la revuelve en su trabajo laborioso,

asimismo su escritura se alza políticamente múltiple y, por ello, cultiva lo colectivo como provocación en su trama, lo conjuga estética-ético-políticamente.

Perlar y cicatrizar/ cicatrizar y perlar

Leo y escucho este libro posicionada, manchada, teñida. Esta no es una lectura/escritura que se quiera aséptica. No. Tiene olor, color, sabor y sonido compartidos. Por ello el trabajo con la memoria que encuentro en las crónicas me toma, remece entera. Pedro, desde la presentación, me arroja el trayecto de ese tiempo otro: Violeta, su madre, la madre tan, tan madre; Pedro, su padre y las compañeras feministas, las artistas y las de Radio Tierra. Dice de la producción singularizada de estas crónicas: la esfera cultural radial; claro, si “Tu voz existe”, Pedro, y bellamente resuena en este pálido país y se cuela por lugares que tal vez no sospechamos. Allí está grabada en cintas y en espera de circular nuevamente en este otro país de hoy. Esta voz que existe se desplaza para mezclarse con la escritura de las mismas crónicas que ya volaron orales. Así, Pedro, nos dices del doble propósito de esta publicación gráfica: montar un juicio público, funar, decir a voces, elevar la voz en la escritura, corear/gritar polifónicamente para que todos y todas oigan lo que se que se desea decir, se crea y se idea, se siente y piensa del mundo que nos rodea como paisito perdido, como “rincón chileno de llorar”, en palabras de Gabriela Mistral: todo ello un propósito.

El envés de este primer deseo se cuela entre la cara funadora, llena de agujeros, y aparece la voluntad amorosa de homenajear territorios, personajes, retratos, instantes, encuentros. En ese doble movimiento me/nos lleva todo el libro, me/nos mece. Por ello no me cuesta nada enlazar cada sinuosidad del trapecio de la escritura con el epígrafe de una canción de Lucho Barrios que enmarca todo el libro: devolver el golpe, el castigo, molestar, provocar aflicción, generar desazón, incomodidad, perturbar cualquier tranquilidad; y por otro lado, devolver el beso dado, regresar la caricia, restituir la dulce escucha, el cálido compartir, restablecer el vínculo

roto, perdido. Así se abre una dimensión heterogénea, una gama múltiple de lectura que pulsa secretamente intensa a cada vuelta de página.

De allí en adelante todo será volverse y re-volverse de cara a imágenes, escenas, situaciones envueltas en las bellas obsesiones creadoras de Pedro. El libro se abre con los gusanos de la dictadura, la náusea que nos ronda perpetua ante los recuerdos imaginados de lo que vivimos allá y entonces. Estas imágenes se alargan como si fueran sombras de película del horror. El título “Sombrío fosforescer” se despliega en los textos que componen este primer fragmento en las luminiscencias o fosforescencias que aparecen o son visibles sólo en la oscuridad. En ella nos internamos como llevando de la mano a los personajes repulsivos como el curita Hasbún, la Lucía chica o Mariana Callejas. Sólo queremos desasirnos de esa mano-garra oscura que parece atarnos a lo vil y escupirla como castigo.

En el segundo fragmento la corriente memoriosa es más sinuosa porque el tono se ubica en un “entre” complejo en la escritura de Pedro. La mayoría de las crónicas nos arroja el gesto escritural de atracción/repulsión. Atracción por lo que yace en el fondo de cada referente memorioso asediado, dado que tiene “algo”, un incierto aire-vuelo de perla cultivada, sin embargo, -en un giro feroz inscrito en los tonos perpetuos de las heridas chilenas-, emerge el tajo que devendrá cicatriz. Unas de estas crónicas -develadoramente bellas- son “La leva”, “Palmenia Pizarro” y “El exilio fru-fru”. Hay otras que se mueven de modo más sutil en este péndulo atracción/repulsión, como “Don Francisco”, la virgen obesa de la T.V o “Camilo Escalona”.

El tercer acápite del libro refiere bella y seductoramente a figuras femeninas. Bam Bam Zamorano, se cuela subrepticamente en este ramillete de sujetos femeninos. Pedro es maestro en poner en su escritura a circular la ironía y la parodia, figuras retóricas de la agresión que abren como rosas púrpuras las lecturas de estas figuraciones de lo femenino sangrante: apresadas, seducidas, constreñidas por los mandatos sexo-género, nada parece ser apropiado para componer el sujeto mujer, estará siempre complejamente posicionado, maquillado, estucado. Sólo podemos

escapar en instantáneas a las fijaciones y esencialismos, lo hacemos con harta maestría, siempre y cuando seamos proclives al desollamiento. Todo esto lo pienso desde el feminismo de corte heterocilítico que me cubre con su tela de gasa. Pedro se ríe de las normativas virginales y clasistas que acechan a estas sujetos en sus crónicas, pero a la vez se aproxima a ellas en un tono sutilmente cómplice, sobre todo cuando las diferencias de género y clase aparecen ferozmente expuestas como en la crónica “Las sirenas del café”.

La cuarta sección del libro es un homenaje perlado de gran belleza escritural. Me quedan rondando en el corazón “Los cinco minutos” y “El informe Rettig”. La melancolía no cesa en estas crónicas llenas de cicatrices perladas porque el trabajo de duelo continúa, hace presencia de la ausencia en su carácter ostensivo y, tal vez con Ricoeur, debiera decir que se fija y se convierte en obsesión/alucinación.

El quinto apartado del libro lo ocupan las fotografías en blanco y negro. Instantáneas llenas de memorias, lugares, sujetos de este país. Cómo no detenerme con ternura y tristeza en la primera: una micro antigua-vieja, a lo Matadero Palma, que propaga la candidatura a senador de Salvador Allende en alguna de sus psotulaciones eternas, foto encontrada a la deriva, naufragando en el mercado persa; cómo no vincular esta serie con la fotografía final, la del Hospital de Trabajador inconcluso de San Miguel. Es como si Pedro nos dijera en esta selección de fotos que esta es su caja, la que ama, su cajita de reliquias, de tesoros, de residuos de cosas pasadas en las que él pone su corazón loco. Me detendría gozosa en cada una de ellas, pero no hay tiempo aquí, más tarde lo habrá.

En el sexto apartado Pedro reúne crónicas que pueden ser leídas desde el título: “Río rebelde”, la bella crónica ‘Rio Mapocho’ abre esta sección, como marca que divide la ciudad, como hendidura. La ciudad zigzaguea en estas crónicas, en toda su diversidad y levanta escenarios múltiples montados con maestría y genialidad arquitectónica en la escritura. En la séptima sección las perlas memoriosas vuelven a emerger con un dejo melancólico. Los personajes abordados son queridos por el cronista, echados de menos, son esperados aún en el

presente de la escritura, el homenaje se hace ternura y belleza escrituraria Aquí flotan como perlas “La loca del carrito”, “Solos en la madrugada”, la entrañable “Historia de Margarito”.

En el apartado ocho, nombrado como “Relamido Frenesí” el presente de la escritura coincide con el momento de la escritura. El Chile de la transición democrática es fotografiado con un tono que acusa al tigre, al jaguar, a sus personajes de pretendido circo *Du Soleil*, y lo desviste de un golpe, quitándole su ropaje de gala neoliberal mentirosa para abrir de un tajo la falsía y dejarlo desnudo como un mal dios lo echó al mundo. Las crónicas “Un país de records”, “El test antidoping”, “La ciudad con terno nuevo” y “El metro de Santiago” constituyen una radiografía perfecta de lo que se iría acentuando en los años del 2000 neoliberales y concertacionistas, como futuro de ese presente transicional funado agudamente por Pedro.

En el último apartado, nos entrega generoso, espacios y eventos, sucesos que se despliegan en el Chile transicional: las estaciones del año y las diferencias de clase; la radio como espacio cultural y político en este país; los candidatos de la política actual como titiriteros fantoches; la feria libre que sigue siendo un territorio cultural abigarrado, festivo, acogedor del mundo popular; el Hospital del Trabajador sin concluir, espacio arquitectónico san-miguelino, metáfora de lo interrumpido dolorosamente en este país; por último, La Pérgola, pareciera coronar de flores, formas y colores -tributo a lo percedero-, a quienes logran partir en el inevitable viaje.

Así, de la mano del fino péndulo vida-muerte en la escritura, cierro la última página de éste, uno de los libros fundamentales en la escritura de Pedro Lemebel y radicalmente definitivo para la literatura chilena.

**San Miguel,
7 de noviembre del 2010,**